

Soy un aprendiz lentiforme

Entrevista con Gonzalo Rojas

Armando Alanís Pulido

La palabra justa en el momento preciso indica que Gonzalo Rojas considera a la poesía como una conducta, víctima de las imitaciones. El poeta surrealista y expresionista visitó Monterrey, Nuevo León, para cumplir un capítulo más de esa especie de respiro-asfixia, -como él mismo define a su vida-, y prometió volver a este lugar donde siempre ha estado.

¿Qué le falta al mundo, le falta poesía o le falta descubrirla?

El mundo está lleno de miedo y por eso no confía en la palabra poética, en la poesía que es lo que permite realmente descifrar los enigmas; el mundo vive ahogado, encarcelado en sí mismo y pese al portento científico y tecnológico, parece no poder tener esa confianza en el fundamento que la poesía sí es capaz de proponer.

¿Es necesaria la poesía?

La poesía es tan necesaria, y tanto, como la palabra, los hombres vivimos colgados del lenguaje, de las palabras, quien maneja la palabra, ya tiene una opción poética.

Ahora que habló del lenguaje, usted alguna vez dijo: «estoy viviendo un reverdecimiento en el mejor sentido, una reniñez, una espontaneidad, es como si yo dejara que el propio lenguaje hablara por mí» en estos tiempos parece que el lenguaje se ha devaluado, ¿cómo hace un poeta para no devaluarse?

Sí, el lenguaje se ha devaluado en el sentido de que se ha perdido, vuelvo a reiterarlo, esa confianza en la palabra, seguramente por el influjo de otros prodigios técnicos. Un poeta no se devalúa si tiene un diálogo directo con la vida inmediata.

Pero aún así usted se queja mucho de la tecnología

Pero no hasta el punto de creer que sea una hija bastarda de la ciencia, no, ella es una proyección del pensamiento poético y el pensamiento poético sí que es hermano del pensamiento científico, porque ambos proceden de la misma fuente que se llama la imaginación, no hay imaginación poética ni imaginación científica en divorcio, es lo mismo, si no pregúntale a los Jónicos, a los filósofos presocráticos, Tales, Anaxímenes, Anaximandro, en fin, Heráclito, etcétera y pregúntale a los críticos con-

Armando Alanís Pulido

Fue, en 1994 y 1995, becario del Centro de Escritores de Nuevo León y ha publicado las colecciones de poemas *Carrusel* (1993), *Todo lo que diga puede ser usado en mi contra* (1994), *Ligeras sospechas* (1995), *Salto de luna* (1996), *Gritar por poder gritar* (1997), *Descorazonamientos y fatiga* (1998) y *Los delicados escombros* (1998). Fundador del proyecto literario Acción Poética en Nuevo León. accionpoetica@prodigy.net.mx

temporáneos, para los cuales también el mundo es todo un enigma, no hay tal exactitud, hay una aproximación; no hay que tener tanta reverencia ante los portentos de las máquinas.

Haciendo a un lado la tecnología, ¿qué le impresiona? A un poeta le deben de impresionar muchas cosas

Desde luego, cuando tú dices impresión al fondo dices asombro, el mundo ha perdido capacidad de asombro porque se le han dado tantas y tantas maravillas, hasta el niño hoy día ya no se asombra, el es el rey del asombro. El niño fue siempre hechizado por el planeta y lo galáctico y por todo, en él se cumpliría muy bien aquello que dijera un poeta grande del siglo XVII, que es nuestro Quevedo: «Nada me desengaña, el mundo me ha hechizado», claro, el mundo lo ha hechizado a uno cuando tiene capacidad y disposición de asombro, pero he aquí que el mundo actual bajo el influjo, en algún orden maligno de la «tecnolatría»; está desasombrado, lo que sí es un horror y, por ahí está despoetizado, y altaneramente cree que todo lo tiene resuelto el pobrecito mundo que gira y gira inútilmente (ríe); sí, darse cuenta que la cosa es mucho más compleja, que nunca se llega y no es que lo haya dicho Goethe, y lo puede decir cualquiera, el fundamento no es llegar, «Que no pueda llegar nunca» así lo dijo, eso es lo que te hace grande, eso es lo que te hace hombre.

En ese sentido, ¿ha cambiado su definición de poesía?

Nada, yo soy el mismo niño de siempre, por algo mi próximo libro que va a tener imágenes plásticas de Roberto Mata se llama: *La reniñez*.

Entonces sigue siendo usted un animal rítmico.

¡Ah, eso sí! la ritmicidad se me dio desde

siempre, yo creo que todos nosotros somos rítmicos y es cosa de saber respirar, por eso digo:

Un aire, un aire, un aire
un aire,
un aire nuevo:

no para respirarlo
sino para vivirlo.

Es cosa de sentir la vibración diastólica y sistólica, no sólo en lo fisiológico, sino en el pensamiento.

¿Cómo definiría Gonzalo Rojas a Gonzalo Rojas?

Soy un aprendiz lentiforme, minucioso, responsable, me demoro, no creo en la prisa, no creo por ahí en el éxito, el éxito es hijo de la prisa, del apremio; eso no va para nada con los poetas que somos hijos del ocio, del ocio creador, no del «nec otium» que es la negación del ocio, negocio la palabra sucia, yo no soy un negociante de absolutamente nada, no tengo otro negocio que estar aquí diciendo la verdad.

Pero a veces hay que negociar con las palabras

Hay que saber usarlas, hay que tener el dominio de ellas, un registro vivo, léxico y sintáctico y, eso es lo que no tiene la poesía contemporánea, no sólo en español, la gente ha olvidado que la palabra es un juego, un juego grave pero al fin, un simple juego y que para manejar las pautas, normas si tú quieres, claves de ese juego, hay que tener un dominio del registro, registro vocálico, silábico de todos los matices de la palabra, y no estoy hablando semióticamente, por algo se dijo «En un principio era el verbo».

Atendiendo algunos de sus títulos, ¿qué prefiere usted, la oscuridad o la luz?

Yo soy oscuro y claro y me muevo en una

especie de vaivén pendular desde lo oscuro a lo claro y de lo claro a lo oscuro, ahora la preguntilla sería ¿cuánta claridad hay en lo claro? ¿cuánta oscuridad en lo oscuro? en una palabra mi respuesta es conjetural como soy yo mismo.

¿Se encuentra usted a salvo?

Qué voy a estar a salvo, estoy nadando como puedo, no por los ochenta años que cualquiera los puede cumplir al menor pestañeo, uno cumple ochenta años a cada instante, aunque tengas ocho, aunque tengas cinco, no por eso, pero el mar se demuestra nadando y hay que andar en ese braceo sin fin, me gusta estar nadando, además me gusta el riesgo, lo peliuloso yo lo adoro, el peligro, el peligro del amor donde siempre es perdedor uno, en la vida todo el mundo es perdedor y no es pesimismo ¿quién es el ganador, el que tiene cinco millones de no sé cuantas libras de no sé que esterlinas? es un pobre gato que tiene unas monedas insignificantes, eso no es poderío, por fuera es poderío , pero vamos viendo por dentro, por dentro es m-i-e-d-o.

Si usted fuera protagonista de una película, ¿sería el bueno o el malo?

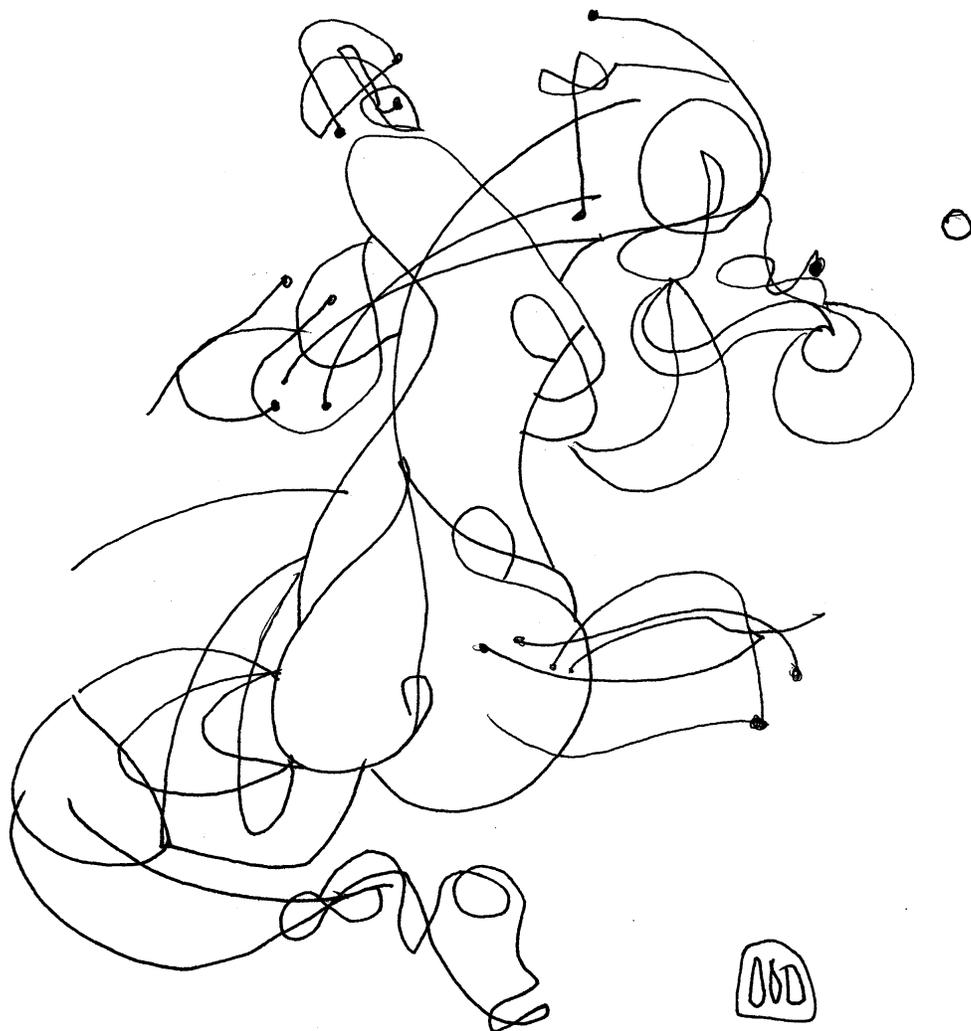
A mi me gustaría... no sé si ser el malo, pero ser el que apuesta, ya te hablé del riesgo, el que apuesta parece malo y a lo mejor es el mejor, a lo mejor es el bueno, el que apuesta a vivir a amar, el que apuesta a descifrar el mundo, como es el caso de los poetas, nosotros vivimos de la gran apuesta.

¿Qué le dice Monterrey?

Tesoro de tesoro, una rara imantación me exigía venir aquí, -lo puse durante dos años-, a este mundo de los cerros bellísimos, yo quería entrar en la órbita de Reyes, donde había nacido, donde había respirado este muchacho que tuve la fortuna de conocer viejo (todo el mundo es viejo , todo el mundo es niño), lo conocí en 1959 al paso, pero lo conocí siempre leyéndolo.

Usted se ha encargado además de difundir el pensamiento alfonsino

Sí, habría que pensar en algún humanista que hemos tenido por el XIX, él es un genuino heredero del mejor pensamiento inaugural del proyecto de autonomía cultural de América en 1840, por ejemplo, sólo que al cabo de un siglo él cumplió con la misma faena y en sus primeros libros del año 1908,



todo eso es la puesta en marcha de un humanismo nuevo, diferenciado, rico, muy valioso, lo hizo antes que los alemanes incluso. Él y Paz son unas figuras que no son mexicanos, son continentales, son reyes de la lengua, hombres que nos enseñaron a pensar, Borges que era tan exigente y tan implacable decía: Leer a Alfonso Reyes es aprender a escribir.

Esta charla se ha llevado a cabo mientras recorríamos la ciudad (ratitos a pie, ratitos andando), la encomienda era conseguir una maleta para transportar a su natal Chile las obras completas de Alfonso Reyes, -en los aeropuertos

chilenos a la gente le gusta leer y si ven libros los hacen suyos, pero éstos son míos- me dijo Don Gonzalo, por fin logramos nuestro cometido; ya de regreso al hotel a Rojas le sorprendían algunas cosas como el gran río que atraviesa la ciudad y que no tiene agua y la ausencia de gente armada, (policías) en la calle, ¿como que faltan esas cosas, no crees Armando?, sí don Gonzalo, pero no nos falta el sol, el sol de Reyes, le contesté - es cierto y ahora ese sol es nuestro- me dijo mientras se limpiaba el sudor con su pañuelo. **A**